

escritor elocuente que, como Aznar Pérez, tuvo la gloria de sucumbir en el desempeño de una misión por el verdadero bien de su patria; SIERRA, á cuyo recuerdo va unida la idea del origen, de la existencia y del porvenir de la gloria literaria de Yucatan; GUTIERREZ, D. Luis, que apesar de las ocupaciones nada poéticas de su carrera marcial, nunca se escusaba de pulsar la lira, cumpliendo como digno socio hasta en los últimos tiempos de la Academia; finalmente, el pensador siempre religioso, el periodista útil, el crítico eminente D. GERÓNIMO CASTILLO, todos, todos acabaron: unos aquí al abrigo del techo doméstico, otros léjos de la dulce vista del cielo patrio; estos en medio del cuadro triste pero tranquilo de su agonía, aquellos de repente entre escenas de horror y de inmensa desdicha....!

Gracias á Dios que he acertado á vivir para contarlo, y que he podido pagar á todos mis compañeros de la Academia el tributo de mi amistad y de mi reconocimiento. Desearía yo que en mis manos estuviese el erigirles monumentos mas dignos de su memoria.

No faltarán, sin embargo, quienes me tachen de escritor lisonjero y pródigo de alabanzas. Pero al fin, mis elogios pertenecen á los que no existen: son flores para los muertos que no pueden darme otras guirnaldas en cambio, segun la moda de encomios recíprocos, de gorgeos alternativos en mútua alabanza, que suele ser la condicion forzosa, el modesto lujo de nuestra literatura naciente.

Lo que sí reconozco es que á gran prisa me voy envejeciendo, puesto que, cual el Nestor secular de Homero, no puedo abstenerme de digresiones para recordar á los hom-

bres de los tiempos pasados, y no parece sino que me sustento solo de tristes memorias.—El árbol que va acabando no puede echar más que hojas descoloridas y secas, para el adorno de los sepulcros.

.....  
No obstante, haré un esfuerzo viendo si recojo el estilo de los fragmentos de mi primer viaje á la Sierra.

El lector que, por bastante desocupado, haya leído aquellas apuntes en el Mosaico de la difunta Academia, puede recordar que yo y un condiscípulo mio, ambos estudiantes de derecho y súbditos muy humildes de la mas desabrochada pobreza, nos habiamos propuesto, yo como agrimensor con título ganado á duras penas, y él como mi testigo de asistencia, ir á trabajar en los bosques y alturas del Sur para hacernos de algun dinerillo con qué aliviar nuestra penuria estudiantil harto visible en nuestro calzado y semblante; no habiéndonos producido otro resultado nuestra primera salida, que la pérdida de dos meses de tiempo en que vivimos al aire con menoscabo de la generosa familia que nos mantuvo, contrayendo nosotros, ademas, el enorme adeudo del alquiler de los dos caballos que nos sirvieron entónces.

Este compromiso de nuestro honor y crédito nacieses, fué lo que mas nos obligó, como á D. Quijote el desquite de la primera paliza, á verificar segunda salida y viaje para la única mensura que, sobre ser poco considerable, debiamos practicarla mas arriba de Tekax; pues en cuanto á la esperanza de otros trabajos de agrimensura allí, la habiamos perdido toda, por la concurrencia de ciertos prácticos, ó agrimensores improvisados, que hacian las mensuras